

El islam: ese inmenso desconocido en rebelión

Juan María Alponete

La cultura islámica se erige como la frontera de lo impensable. Es lo Otro de Occidente: su espejo y su crítica. A partir de esta premisa el analista político Juan María Alponete —Iberoamérica entre el bisonte y el toro, Colón. El hombre, el navegante, la leyenda, entre otros— abre una ventana verbal para atisbar esa cultura fascinante que abarca casi una tercera parte de la población del mundo.

El 11 de septiembre de 2001 el mundo pudo ver, en vivo y en directo, el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York. Hubo más de tres mil muertos y, entre ellos, diecinueve *kamikazes* —la palabra, de origen japonés, significa “viento de Dios”— suicidas.

El 11 de septiembre de 2001 el mundo occidental y cristiano descubrió, repentinamente, la existencia de un inmenso universo ignorado: la existencia de mil doscientos millones de musulmanes. De los diecinueve *kamikazes* quince eran ciudadanos de Arabia Saudita. El veinte, Zacarias Moussaoui, era francés, de madre marroquí, emigrante en Francia.

Zacarias Moussaoui, atrajo la atención del FBI porque se presentó en una escuela de vuelos de Minnesota —con simuladores para volar el Boeing 747— y pretendió adiestrarse, solamente, en vuelos; no en el despegue, no en el aterrizaje.

Los responsables de la escuela, admirados, apelaron al FBI. Unos agentes le interrogaron. Le dejaron por la paz creyendo que era un enajenado. Tuvieron en su mano el hilo de Ariadna. La arrogancia y la suficiencia les impidió investigar seriamente. Fue encarcelado después. En abril de 2002 sufrió un interrogatorio ante los tribunales. Le dieron cincuenta minutos para explicar su situación. Empleó un mínimo de su tiempo. Sólo para decir lo siguiente:

Que rezaba por la destrucción de los Estados Unidos; por la destrucción del pueblo judío y de su Estado y, finalmente, por el restablecimiento de la dominación islámica en España.

En 1492 los Reyes Católicos —a casi ocho siglos del inicio de la invasión árabe islámica— después de los



Ethel Carrick, *North African Market*, 1921



John Frederick Lewis, *The Harem*, 1850

últimos diez años de guerra en el Al-Andalus, tomaron al asalto la última ciudad musulmana de España: Granada. Fue el fin del periodo islámico en la Sefarad. Así se designaba, a España, en la *Biblia*. De ahí el gentilicio sefardim, sefarditas o sefardíes: los judíos de España expulsados en 1492. No sé lo que habría dicho de las caricaturas danesas.

La memoria de Zacarías Moussaoui revelaba, por un lado, al Islam radical y, por el otro, una visión histórica instalada en los siglos pero reivindicativa de un pasado, en un presente estático, pero, a la vez, movilizador de los sentimientos y las conciencias.

MAHOMA: EL ÚLTIMO PROFETA Y EL CORÁN

Existen dudas razonables sobre la fecha del nacimiento de Mahoma. No de su muerte porque, al morir, era ya un personaje histórico y el fundador de una nueva religión. Sin embargo, se acepta que vino al mundo entre los años 570-571 de nuestra era. Morirá en el 632.

Muhammad Ibn Abdallah —Mahoma— nació en La Meca. Fue hijo de Abdallah. En Arabia esa definición del padre no tiene sentido: es la línea de los ancestros lo relevante. En suma, Muhammad es hijo, cierto, de Abd Allah, pero éste era hijo de Abd al-Muttalib y el mismo hijo, a su vez, de Hachim. De ese discurso de generaciones cabe destacar al abuelo: Al-Muttalib. Fue un miembro poderoso e importante de la tribu de los Quraychites (*Quraysh* en inglés). La tribu se dividió en una docena de clanes. Abd al-Muttalib pertenecía al clan de los hachemitas, importante clan que ha dado dinastías reales.

La madre de Muhammad se llamó Amina bint Wahb. Su esposo murió durante un viaje a Siria. Su viuda —y madre de Muhammad— heredó una esclava, cinco camellos y el hijo que llevaba en el vientre. Su nacimiento tuvo, también, anuncios sobresalientes. Lo cierto es que el niño llamado Muhammad perdió, también, a su madre a los seis años y fue recogido por el abuelo famoso y a la

muerte de éste, dos años después, por su tío Abu Talib. Éste llevó al niño a las caravanas de camellos. Pertenecían a un clan de comerciantes. La tradición islámica dice que en un viaje a Siria, en Basra, conoció a un monje cristiano —Bahira— famoso por sus conocimientos. El monje encontró, en Mahoma, señales proféticas y se lo hizo saber a Abu Talib. Primer asalto al futuro.

Social y económicamente los descendientes de Muttalib, habían perdido poder. Se hará patente cuando su tío, Abu Talib, le hizo saber que él era pobre y que no podía ofrecerle un porvenir. Le invitó a que se uniera a la caravana de una mujer rica y poderosa llamada Jadiya (Jadiya, primer creyente en la fe islámica, es una de las mujeres santas del Islam, como Fátima, hija del Profeta y como María, madre de Jesús e hija del faraón que salvó de las aguas a Moisés) que aceptó al joven caravanero de veinticinco años.

Mahoma, que era pobre, se casó con Jadiya. La mujer, sin duda, eligió pese a que él, según la tradición, insistió en que era pobre. Con Jadiya Mahoma tuvo dos hijos, muertos al poco tiempo de nacer —el devenir histórico segaba vidas humanas— y cuatro hijas.

Mahoma vive en un mundo donde La Meca era, al tiempo, el corazón de las peregrinaciones paganas a la Kaba y también un emporio económico de intercambios comerciales. Las caravanas eran el gran filón de oro. El derredor sociológico y cultural asumía tradiciones cristianas y judías en el cuadro árabe de viejas creencias politeístas inseparables, en Arabia, de la institución de la poligamia. Politeísmo y poder, sociedad tribal y cultura del honor y del desierto.

EL ARCÁNGEL GABRIEL Y LA REVELACIÓN DEL CORÁN

Se asume que Muhammad, respetado y rico por Jadiya —se le conocía, se dice, como un hombre de fiar— hacía retiros personales y solitarios en una gruta del Monte Hira. Muhammad tenía, entonces, cuarenta años.

Es allí, en la cueva del Monte Hira, no muy lejos de La Meca, cuando Muhammad se convierte, si se me permite decirlo así, en Mahoma. En efecto, según la tradición islámica que, a su vez, tiene su origen en la propia palabra del Profeta, el arcángel Gabriel —el mismo del Anuncio a la Virgen María, hecho muy asombroso— se presentó ante él en una noche del año 611. Mahoma —permítaseme llamarle ya así— fue despertado por “una criatura envuelta en luz”. En la memoria de Mahoma quedó, en principio, la idea de lo terrorífico al ser despertado de esa forma. Pero el arcángel Gabriel (*Jibril* en árabe) le zarandeaba e imperativamente le decía: “¡Iqra! ¡Lee!”. Mahoma contestó: “¡No puedo leer!”. Finalmente interrogó al arcángel: “¿Qué he de leer?”. Añade:

Desperté de mi sueño, relatará Mahoma, y era como si el escrito estuviera en mi corazón. Salí de la cueva, y cuando lo hice me encontré en medio de la montaña. Oí una voz de lo alto que me decía: Oh, Mahoma, tú eres el apóstol de Alá y yo soy Gabriel. Levanté mis ojos y vi a Gabriel en el horizonte del Cielo y le veía desde cualquier dirección a que llevara mi mirada.

Jibril fue el arcángel que vinculó, entre sí, a tres religiones monoteístas. Eso se desprende del relato. Tema apasionante y silenciado.

Así se inicia el *Corán* (*Cur'an* que procede, etimológicamente, de la palabra *car'a*, “leer”, en árabe) que será transmitido a Mahoma, progresivamente, para formar un extenso texto de ciento catorce capítulos y seis mil doscientos once versículos. Capítulos que comienzan todos (salvo en el capítulo noveno) con la misma palabra, *bismillah*, es decir, “en el nombre de Dios”.

La primera persona que creyó en la misión de Mahoma fue su mujer —entonces de cincuenta años— que, lúcida, tomó consejo, previamente, de un pariente suyo, Waraqah Ibn Naufal, conocedor de las escrituras judías y cristianas. Él le anunció que el relato de Mahoma era semejante al de otros profetas y que sufriría por ello.

La lengua elegida para revelar el *Corán* será el árabe. Los árabes asumen que es la lengua que Adán habló en el paraíso y, añaden, que los árabes son descendientes directos de Abraham. Esa proposición no deja de ser fascinante. Según la tradición árabe Abraham tuvo dos hijos. Uno —Isaac— que lo tuvo con Sara, cuando ésta tenía noventa años y Abraham, a su vez, noventa y nueve. El nacimiento se debió a la intercesión divina. Abraham tuvo otro hijo con una esclava egipcia, Hagar, que se llamó Ismael. Según los árabes, cuando Dios probó a Abraham pidiéndole que sacrificara a Isaac los árabes dicen que Abraham no llevó al monte del sacrificio a Isaac, sino a Ismael. La historia, la leyenda y las emociones humanas al descubierto. Seamos capaces de

asumirlo. Dios, Yahvé, de todas maneras, asumiendo la obediencia de Abraham —Abraham en hebreo significa “el padre exaltado”— le impidió que cometiera el sacrificio.

Lo que no hay duda es que en ese cruce de caminos de la historia y la fe nace el Islam. Esta palabra, Islam, según Mircea Eliade, el admirable historiador de las religiones, proviene de la cuarta forma verbal de la raíz *slm* y está estrechamente emparentada con el verbo árabe *aslama* que quiere decir someterse. En suma, Islam significa sumisión a Dios y musulmán es la traducción española de *muslim* (participio activo de esa misma forma verbal) que se traduce, simplemente, como “aquel que se somete a Dios”.

El politeísmo semítico árabe, el judaísmo arabizante y el cristianismo bizantino, con otras creencias “paganas”, tendrán, ante sí, al Islam que proclamará un monoteísmo absoluto de acuerdo con la tradición hebrea y cristiana, pero advirtiendo “que hebreos y cristianos han falseado las enseñanzas”. El Islam de Mahoma no sólo cree en Dios, sino lo dimensiona en su versión más radical: “no hay más Dios que Dios”. Mahoma, hombre, siempre asumirá que es un Enviado —Rasul— y dirá, en su predicación, que “es el último de los profetas”. Un universo muy complejo. Encontrará en La Meca un rechazo casi total. No creen a su “vecino”. Se contarán con la mano los creyentes al lado de Jadiya. Algunos de ellos serán, en el futuro, califas, es decir, sucesores de Mahoma. El rechazo —nadie es profeta en su tierra— obligará, a Mahoma, a una decisión capital: abandonar La Meca, huir, emigrar.

LA HÉGIRA O EMIGRACIÓN A MEDINA DEL PROFETA. CALENDARIO ISLÁMICO

En el año 622 Mahoma toma una decisión histórica: emigra de La Meca a Medina. Esa emigración —Hégira, es decir, Hijra— es un cruce de caminos decisivo. Le sigue un grupo de fieles que verán convertirse al Islam en la tercera religión monoteísta: una de las tres religiones del libro por excelencia, es decir, la *Biblia*. Alá, Dios, será su dimensión única y fundamental. La Hégira, en el año 622, se convierte en el primer año del nuevo calendario religioso del Islam. Calendario lunar de solamente trescientos cincuenta y cuatro días nos dice Mircea Eliade, pero que definirá el inicio de una nueva civilización: la islámica.

Entre los años 622 y 632 Mahoma se plantea, en Medina —Yatrib fue su nombre original y se transformará en Madinat al Nabí, la Ciudad del Profeta— la construcción de un Estado donde el *Corán* —Mahoma seguirá teniendo revelaciones a lo largo de su existencia— fundirá, en un solo *corpus*, lo espiritual y lo político, sin

separación. Un solo proyecto teocrático. Los cristianos han olvidado que, durante siglos, a partir del emperador Constantino, la Iglesia cristiana fue la culminación del Estado hasta la ruptura de 1794 en la Francia revolucionaria. Ruptura, nadie se engañe con las apariencias, que duró muy poco. En efecto, Napoleón, en busca del consenso, restableció la colaboración con la Iglesia y solamente en 1904 —el año en que nacieron Jean-Paul Sartre y Raymond Aron— se produjo, en lo real, la separación de la Iglesia y el Estado en Francia. Todo menos la simplificación legendaria.

Desde Medina —la vieja Yatrib— Mahoma, caudillo y líder religioso, inicia la expansión del Islam que será mundial. Conquista La Meca y crea las condiciones jurídicas, políticas y religiosas de lo que será, de un lado, la Charia y, del otro, la Umma. Charia (*Sharia* en inglés) significaba, en árabe, “orientación en la buena dirección” y es, la Charia, el término que codifica las prescripciones fundamentales del Islam coránico. La Umma es, a su vez, la “comunidad musulmana”. Hoy la apelación a la Umma puede tener —como en el caso de las caricaturas danesas— una dimensión universal. Todo el mundo anterior, el mundo pagano y politeísta de Arabia, fue rechazado. En suma, lo fue radicalmente. El antes será, sin más y sin menos, la Edad de la Ignorancia: la Jahiliya (de *jahl*, ignorancia). Corte, pues, absoluto con el ex-ante.

Advertirá Mahoma, eso sí, que él no tiene una condición divina. Jamás transgredirá, Muhammad, ese modelo. Él asume, solamente, su condición de Enviado de Dios, es el Rasul. De la misma manera se opondrá al celibato sin una sola duda. En el mundo hebreo el celibato no tiene ningún valor. En el mundo católico es una institución eclesial, no un mandato divino.

El *Corán* asume que atiende, enseña y codifica todos los actos del vivir. Mahoma que ha rechazado el pasado —la ignorancia, la jahiliya— no rompe, sin embargo, con la tradición poligámica, admitida, popularmente, por su pueblo. Cristo, a su vez, dijo antes “al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Mahoma mismo, después de haber vivido con Jadiya como única mujer, tendrá, a su muerte, varias esposas. Entre ellas, una, Aisa, que pasará a ser, en la tradición, la más amada. Su primera esposa, libre y antes del Islam, —no tengo espacio, ahora, para hablar de las mujeres

en las tres religiones monoteístas— le elige a él. Él elegirá, después, a otras mujeres. Nadie se escandalice. Léase el Capítulo IV, Versículo 3 del *Corán*.

El periodo de gobernante de Mahoma en Medina —donde rompe con los judíos de la ciudad que, al principio, fueron sus aliados— se hará hombre público y religioso —todo en uno— notable. Se admiró su ecuanimidad, capacidad militar y sentido de la realidad. Por si ello fuera poco esa parte de su vida tendrá un momento esencial: el Viaje Nocturno —Miraj— desde Jerusalén a los cielos.

El Islam recupera ese sueño de Mahoma como verdad. El sueño le conduce a la ciudad sagrada del orbe judío y cristiano. Desde la Explanada del Templo —Haram es Charif— de Jerusalén, donde se levantan las ruinas del viejo e histórico templo judío y, más tarde, dos mezquitas sagradas del Islam, Mahoma realiza su Miraj, su Viaje Nocturno a los siete cielos. En ellos dialogará —acompañado de Jibril— con los profetas bíblicos. Con Jesús —Isá—; con Moisés —Musá— y con Abraham —Ibrahim. Lástima el no poder hablar más del Viaje Nocturno. Lo cierto es que, en el lugar mismo, donde la tradición islámica sitúa el ascenso a los cielos de Mahoma, a caballo, —es un árabe— se levantaría, después, la mezquita de al-Aqsa (*masjid al-Aqca* en árabe, esto es, la más lejana) por lo cual, ese viaje místico del Profeta, convertirá a Jerusalén, para el mundo musulmán, en la tercera ciudad santa del Islam: al-Quds. Después de La Meca y Medina. Al principio, inclusive, la *qibla*, la posternación de las oraciones diarias, se hacía mirando hacia Jerusalén. Después se harían mirando hacia La Meca.

EL PAPEL HISTÓRICO DE LA GUERRA SANTA

El 8 de junio del año 632 de nuestra era (el 13 rabí del año 11 de la Hégira o Hijra) murió Mahoma. Dejaba tras de sí el comienzo de una expansión del Islam que abarcaría a todos los continentes.

En el décimo año de la Hégira hizo su Hajj, su personal peregrinaje a La Meca. Ha sido denominado así: el Peregrinaje del Adiós. Desde el Monte de la Misericordia realizó lo que se conoce como su Mensaje del Adiós —se calcula que asistieron más de cien mil per-

La lengua elegida para revelar el *Corán* será el árabe. Los árabes asumen que es la lengua que Adán habló en el paraíso y, añaden, que los árabes son descendientes directos de Abraham.



Azouaou Mammeri, *View of Moulay-Idriss*, 1930

sonas— como Enviado de Dios, como Rasul. Detrás de él quedaban ya, para siempre, las cinco oraciones diarias obligatorias y los Cinco Pilares —arkan— del Islam:

1. La confesión de la fe (*shahada*) que da testimonio de que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su Enviado (*Rasul*).
2. Las cinco oraciones diarias (*salaḥ*).
3. La limosna (*zakaṭ*) que evidencia que la riqueza es sólo de Dios y la limosna una obligación.
4. El ayuno del Ramadán (*sawm*).
5. El peregrinaje a La Meca (*hajj*) siempre que sea posible para cada musulmán.

Entre los Cinco Pilares del Islam, como se ve, no está la guerra santa. Es importante advertirlo. Hay un “dicho” —Hadith y los hadices forman parte de lo sagrado— referido al Rasul sobre ese tema y que se encuentra entre los Hadices (dichos o palabras del Profeta) en famosa conversación con Aisa, su esposa. Ella le preguntaba “si la guerra santa —yihad en la traducción española de *djihad*— era la primera obligación de un musulmán”. Mahoma contestó que no, esto es, que la primera forma de la yihad, para un musulmán, era la lucha o el esfuerzo para alcanzar a Dios y que la segunda yihad era la guerra santa.

La palabra yihad, normalmente aceptada como guerra santa procede de la voz árabe *ijtihad*—las versiones se hacen lo más aproximadamente posible— que es un principio básico del derecho musulmán. El hecho mismo de que la yihad no figure entre los Cinco Pilares del Islam (los jariyies heterodoxos la hicieron figurar como el Sexto Pilar) pero cuyo significado ha extendido como prueba de un militantismo terrorista, permite pensar, una vez más, que nada es sencillo y, menos aún, simplista. Se aceptaba la guerra contra la Apostasía (*muṭadd* es, en efecto, el apóstata) y la defensa del Islam.

La lengua árabe, universo lingüístico del *Corán*, utiliza la palabra *salam*—paz— como una definición fundamental de la religión y la palabra Islam procede de esa misma raíz etimológica. Ello nos invita a pensar en las vueltas y revueltas —de mano en mano van como la falsa moneda— que sufren las palabras, a lo largo de la historia y cómo los hombres modifican, con sus propios actos (*karma* en sánscrito), la inicial connotación de los procesos históricos. Ello es patente ya que Bernard Lewis, autoridad notoria en el tema (autor de *The Political Language of Islam*), señala que el adjetivo “santa” (*muḥaddas*) no se encuentra nunca con el sustantivo “guerra” (*harb*), en los textos islámicos clásicos y hace, Lewis, referencia a una dicotomía bien conocida: que Dar al-Islam es el territorio donde impera la ley del

Islam y Dar al-harb, a su vez, es el resto del mundo, es decir, el territorio de la guerra. La evolución de los procesos sociales ha convertido la *djihad* en el centro del sistema islámico. Como se ve ésa no fue su tradición. Tendríamos que asumir, al menos, dos cosas: que la gigantesca implantación universal del Islam hizo transitar el sentido de la guerra, el paraíso y el martirio, connotaciones culturales y sociológicas que marcaron las distintas sociedades integradas en el Islam. Sobre todo, desde que los mongoles fueron islamizados y las cruzadas cristianas hicieron del Dar al-Harb la interretación fundamental del conflicto, entre sí, de las tres religiones monoteístas. La experiencia de las implacables guerras religiosas en Europa, al generarse el protestantismo, nos debería invitar a la moderación de los juicios imperativos y absolutos.

Igual destino, quizá, tuvo la palabra *fatwa*—decreto religioso— por la cual fue condenado a muerte, por Jomeini, el escritor Salman Rushdie por su libro *Los versos satánicos* que, según los “mollas”, iraníes—título religioso persa que procede del *mawla* árabe, “maestro”— contenía agravios serios para el Profeta. La palabra *fatwa*, originariamente, suponía “consulta”. Ahora tiene un carácter de tribunal condenatorio. En el año 656 de la Hégira se produjo una “consulta” importante al producirse la conquista de Bagdad por los islámicos. El conquistador Hulagu (Lewis *dixit*):

Ordenó que se preguntara a los ulemas (*ulema*, en árabe, doctor en ciencia religiosa y ellos, solían ser los imanes de las mezquitas importantes y los jueces o *cadies*) por una *fatwa* precisa: si era preferible un sultán infiel (no islámico), pero justo a un sultán islámico, pero injusto.

Los ulemas se abstuvieron. No Radi a-Din Ibn Ali Ibn Taus. Éste, respecto al texto de la *fatwa*, dio su respuesta que consta en la literatura jurídica árabe: “Es

preferible un sultán infiel justo que un sultán musulmán injusto”. Su proposición fue aprobada. Se trata de una historia islámica incompatible, posiblemente, con las prácticas de Jomeini.

LA SUCESIÓN DE MAHOMA:

LA APARICIÓN DE LOS CHIÍES Y SUNNIES

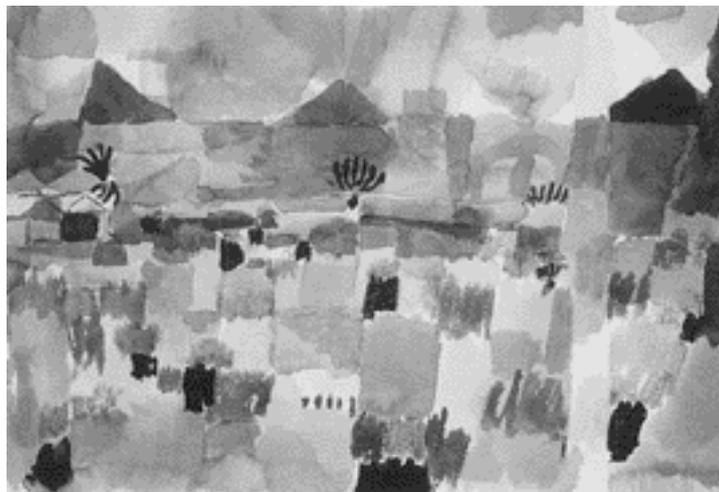
Mahoma no dejó ninguna recomendación sobre su sucesión. Ciertas tradiciones, por cierto, señalan que el arcángel Gabriel (Jibril) estuvo a su lado en ese momento. En consecuencia, se eligió entre sus compañeros a los califas. Califa significaba “sucesor o lugarteniente”. Hubo cuatro califas ortodoxos (en árabe *rasidum* o “bien guiados”) cuya función principal consistió, en teoría, en cumplir la Charia. El primero fue Abu Bakr, padre de Aisa, la esposa famosa del Profeta. Unió a todas las tribus de Arabia. Gobernó sólo dos años. Todos los datos señalan que fue un gran “jalifa”. Fue sucedido por Umar —Omar dicen algunos historiadores— yerno del Profeta. Se dice que él propuso, con la expansión militar y religiosa, el término de guerra santa. Murió en el año 644 a manos de su esclavo descontento. Su sucesor en el califato, Utman —algunos escriben Uzman— pertenecía a las grandes familias dominantes de La Meca. En términos de clase un hecho social de antítesis. Con él —conflicto de clases entre Mérida y La Meca— la expansión islámica fue indudable poniendo cerco, inclusive, a Bizancio.

El descontento social sucesorio se culminó con el asesinato de Utman en el año 656. No hay duda de que el crimen fue político. Causado o apoyado en conflictos sociales aunque, en su tiempo, las banderas del Islam se imponen en Afganistán, Irán, Chipre, Trípoli... El fenómeno de la expansión ingente del islamismo debió merecer un análisis crítico importante en el mundo cristiano. No lo ha habido. Se cerró los ojos y se condenó.

El asesinato de Utman tendría consecuencias históricas que llegaron, intactas, hasta nuestros días. El califa sucesor elegido, en el seno de la Guerra Civil, fue Alí, primo del Profeta, su hijo adoptivo y que se casaría con Fátima, hija de Mahoma. Alí había mantenido, contra viento y marea, que la sucesión del Profeta debía recaer en miembros directos de la familia y, en torno de esa tesis, se formó el Partido de Alí. En árabe Partido de Alí se escribe *Shia i-Ali* (*chiat Ali* o *si'at Ali* en la simplificación) lo que generó un vocablo nuevo: el chiísmo (*shiat* en inglés) que tendría una inmensa repercusión sobre el futuro. En teoría el chiísmo se confronta con la Sunna (de ahí sunnies o sunnitas) que significa tradición, costumbres, usos. Históricamente el chiísmo ha tenido una connotación crítica o revolucionaria. Sólo hay un país chiíta, como Estado, en el mundo: Irán. La mayoría es



Wassily Kandinsky, *Arab Town*, 1905

Thomas Sheard, *The Arab Blacksmith*, 1900Paul Klee, *St. Germain near Tunis*, 1914

sunnita. No en el caso de Irak donde el chiísmo representa el sesenta por ciento de la población. Bajo Saddam, que gobernó con la minoría sunnita, los chiíes fueron cruelmente perseguidos.

La verdad es que Alí, el cuarto califa, miembro también de la tribu hachemita de Mahoma, fue, se dice, la segunda persona que se convirtió al Islam, esto es, después de Jadiya. Su nombramiento como califa se produce en la Guerra Civil. Inclusive Aisa, esposa de Mahoma que tendría gran influencia (como Jadiya, Aisa proclama y revela que en los primeros días del Islam no estaban apartadas las mujeres), tomó las armas, contra Alí, al frente de un ejército por creer que no debería ser califa alguien mezclado en un crimen político.

Alí derrotó a sus opositores en Irak, en Basora (el Islam era ya un poder real en el Oriente Medio) pero, finalmente, fue asesinado en Kufa (Irak) en el año 661.

Su hijo al-Hassan le sucedió durante seis meses, pero el poder, en una crisis militar y religiosa, se traspasó a su hermano Hussein. Este nieto de Mahoma pasaría a la leyenda y el martirio. En efecto, en el año 680, cercado por el nuevo califa (Muawiya, con lo cual la familia de los Omeyyades se impone históricamente como clase dominante) muere con sus compañeros en Kerbala.

Desde la masacre de Alí y los suyos en tierra de Irak, por la cual pasaron los soldados estadounidenses sin memoria alguna de la historia, esa tierra ha sido, hasta hoy, la tierra sagrada de los chiíes. Desde Kufa a Kerbala el chiísmo (perseguido sin cesar por Saddam Hussein temeroso de que los chiíes iraquíes se unieran al Irán chiíta) ha hecho de esa región una región sagrada. La tumba de Alí, en el Nayaf (Irak), es centro determinante de las peregrinaciones chiíes en el Islam y, también, polo central de su división con los sunnies. ¿Los conquistadores occidentales qué supieron?

Después de Alí, y ya con Alí, el califato se traslada con Muawiya que abandonará Medina y La Meca para hacer de Damasco (Siria) su capital. Con él y sus suce-

sores aparece una dinastía que, históricamente, tendría una dimensión mundial: la dinastía Omeya. Los sultanes omeyyades serán relevantes en la España islámica. España fue invadida en el año 711 por los árabes.

JERUSALÉN Y LAS CRUZADAS CRISTIANAS

Jerusalén es una ciudad santa para los musulmanes (al-Quds, la Santa). Durante el califato de Umar (Omar), en el año 638, la ciudad desde donde se realizara el Miraj o Viaje Nocturno de Mahoma a los cielos, se produjo la conquista de la ciudad por el Islam. Umar se presentó desarmado y solo, montado en un asno —ojalá que hubiera sido el *Platero* de Juan Ramón Jiménez— ante el Patriarca cristiano, Sofronio, para pactar la rendición de la al-Quds.

La tradición dice que el Patriarca preguntó al califa qué era lo que deseaba ver en Jerusalén. El califa respondió que su primera visita sería a la Explanada del Templo porque desde allí —posteriormente se levantarían, a la vera del Muro de las Lamentaciones, dos mezquitas consideradas sagradas— se realizó el *Miraj* o Vuelo Nocturno de Mahoma. Hoy la Explanada, para los judíos, es la Explanada del Templo y para los islámicos la Explanada de las Mezquitas. En ella se inició la segunda Intifada palestina de protesta. Desde ese altzano de la Explanada se ve perfectamente el Jerusalén viejo y el Santo Sepulcro. Todavía tengo esa mirada y esa perspectiva en mi memoria de hombre viajero.

La tradición dice que el Patriarca cristiano interrogó a Umar qué itinerario quería cumplir después de la Explanada. Contestó que el Santo Sepulcro (cabe reiterar que Jesús es considerado por el *Corán* como un Profeta, no como una persona divina y, por tanto, muy respetado) y allí le condujo Sofronio. Durante la visita le llegó la hora, a Umar, de la oración obligatoria. El Patriarca le señaló que extenderían una alfombra en el Santo Se-



Emile Glockner, *A Fine Blade*, 1900

pulcro para que, en ella, hiciera sus oraciones. El califa se negó con estas palabras: “No, porque, de saberse, alguien puede reclamar, como islámico, el espacio donde yo oré...”. Quizás esa lectura sea una proposición de diálogo en estos momentos.

Siria y Palestina, junto con Jerusalén, pasaron a ser dominio islámico. En el año 691 se levantó la Mezquita de la Roca (Cúpula de la Roca) en la Explanada y, en el lugar teórico del *Miraj* de Mahoma, la Mezquita de al-Aqsa (la más lejana) entre los siglos VII y XI. La historia de la piedra es la historia de los hombres y las religiones.

La crisis, finalmente, entre cristianos y musulmanes deparó las Cruzadas. Las Cruzadas, para los cristianos son acontecimientos guerreros olvidados, pero esos acontecimientos pesan, trágicamente, en la memoria del Islam. Todavía hablan, hoy, de las Cruzadas, como presente, como realidad, como hecatombe.

En efecto, en el año 1095 el Papa Urbano II apeló a la cristiandad europea para un objetivo básico: la reconquista de los Santos Lugares. Un ejército cristiano cruzó Europa, Bizancio y el Oriente Medio. El papa institucionalizó, sin equívocos, una guerra santa. Ello así porque se les señaló, a los cruzados, en tiempos vivos de creencias, que los que murieran en el camino o en la lucha contra los infieles les serían perdonados sus pecados y alcanzarían, por consiguiente, el cielo. Poco se ha hablado de ello.

Los datos históricos revelan que, como en el caso de la intervención de Bush en Irak, los nuevos “cruzados”, al igual que los viejos cruzados, no tenían ni memoria ni noticias exactas del Islam (que en la Edad Media se con-

sideró una herejía cristiana) y, algo semejante, ocurrió, pues, en 1095. Al hablar del Islam se simplificaba con apelativos despectivos: “paganos”, “turcos”, “sarracenos” o “persas”. Para los musulmanes los cruzados fueron, en lo real, los “franj”, los francos o franceses (la apelación del papa se hizo desde Francia) y la primera cruzada terminó con una masacre. El historiador Ibn al-Athir señala que en 1099 —año de la caída de Jerusalén— en la mezquita de al-Aqsa se asesinó a miles de musulmanes. También hubo matanzas de judíos. En la memoria musulmana ha quedado hiriente, una fecha: el viernes 15 de julio de 1099 —la caída de Jerusalén— como una tragedia. Exagerada o no esa versión de la conquista de al-Quds por los cruzados con la creación, allí, del Reino Latino fue un largo momento histórico. Para los cruzados, al revés, fue una epopeya gloriosa. Para el Islam lo contrario. Cabe, ante ello, un espíritu lúcido de concordia y sabiduría para que se asumiera, desde cada parte, sus respectivas responsabilidades. El silencio mítico, al revés, ha impedido y paralizado, el entendimiento.

El Reino Latino de Jerusalén (1099-1291) terminó, en gran parte, con la derrota de los cruzados ante Saladino, el sultán que reconquistó Jerusalén y que, en efecto, predicó la guerra santa contra los cristianos instalados en el Oriente Medio. En 1127 ocupó toda Palestina y ello desencadenó como réplica la Tercera Cruzada. Historia dramática de batallas y siglos de mutilación de la verdad. Todo esto ha contribuido a la amargura, la frustración y el odio.

En el siglo XX los árabes habían sido sucedidos ya, en el Oriente Medio, por los turcos (islamizados) y la Primera Guerra Mundial sirvió de pretexto para que Inglaterra y Francia firmaran, en 1916, el Tratado Sykes-Picot para repartirse, al finalizar la contienda (que pasó a los libros de texto como *La Guerra Mundial*) el Oriente Medio. Eso hicieron y, como consecuencia, la crisis hoy de Palestina, Israel, Irak, Irán, Siria y Arabia no puede entenderse ni comprenderse sin la historia del colonialismo en el siglo XX. Uno de sus grandes protagonistas fue Lawrence de Arabia. No cabe olvidar, en el fondo, que el colonialismo tomó los mismos caminos, los mismos retos que las cruzadas entre 1095 y 1291. La última cruzada, la de 1291 (la IX), tuvo, como fin, levantar el cerco musulmán sobre Acre. Fue en vano. Acre se rindió el 28 de mayo y el 14 de agosto los templarios —no es necesario leer la fabulación del *Código da Vinci*— evacuaron sus dos últimas fortalezas: el Château-Pélerin en Palestina (entre 1918 y 1948 Palestina estuvo sometida al Mandato Británico) y el Castillo de Tortosa en el Líbano.

Así, a la hora del diálogo entre las Civilizaciones —con las “caricaturas danesas de Mahoma” al fondo— o de la Alianza de las Civilizaciones un tema aparece como inevitable: la revisión crítica de la historia. ■